

M. G. AMILBURU, A. BERNAL Y M. R. GONZÁLEZ,
Antropología de la educación. La especie educable.

Síntesis, Madrid 2018, pp. 203
ISBN:978-84-9171-244-2

Nuestro tiempo parece propicio para contar con un texto sobre la antropología educativa, cuya aportación es, además de novedosa, necesaria para la pedagogía del siglo XXI. Las contribuciones realizadas por distintas ciencias al conocimiento educativo, cada vez más específico, como son las realizadas desde las ciencias de la salud, las neurociencias o desde la innovación didáctica, requieren de una base sólida que ayude a no perder de vista lo esencial a la especie humana y así permitir que cada uno tipifique su propio modo de estar, de existir y de aportar a la sociedad en la que vive. Esta obra contribuye con esos fundamentos.

Antropología de la educación. La especie educable es un manual dirigido a aquellas personas que educan. Brinda una oportunidad para profundizar y reflexionar sobre lo que es la persona y la cualidad que tiene no solo de aprender, sino de ser educada por otros.

Consta de once capítulos agrupados en cuatro partes. Cada uno de ellos tiene un glosario al inicio y finaliza con unas preguntas que ayudan al lector a trabajar personalmente sobre las ideas aportadas. Los conceptos que aporta y cómo los aporta contribuyen al aprendizaje. Se trata, por tanto, de un manual educativo que ayuda a comprender qué es la antropología de la educación.

Las autoras plantean el reto de redescubrir la educabilidad de la persona y su capacidad de crecer por medio del correcto uso de su libertad. Alcanzar dicho crecimiento requiere realizar un arduo trabajo, no de manera individual, sino de forma colectiva, es decir, un individuo es enseñado por otras personas, quienes a su vez han sido enseñados anteriormente en un espacio y tiempo determinado. Se rescata el valor educativo del ámbito y del espacio en donde se desarrolla la persona y el valor de la comunidad. A su vez, se distingue el valor de la persona dentro de la comunidad y el valor de esta para cada persona.

La primera parte del libro ayuda a comprender dónde está situada la antropología de la educación. En esta primera sección se muestra la

relación que guarda con otros enfoques antropológicos, los métodos que describen a la persona y la influencia que han tenido en la educación. De ellos se destacan aquellas aportaciones que permiten profundizar en la capacidad que la persona tiene de aprender y, sobre todo, aquellas que ayudan a entender que este aprendizaje no se realiza de forma espontánea o sin sentido, sino con la ayuda de otros. La educación, además, es reconocida por las autoras como una actividad que cuenta con un sentido, que se propone tanto por parte de quien educa como de quien es educado; ambos miran hacia el crecimiento.

En la segunda parte se presenta qué, cómo y quién es la persona. En esta sección se profundiza en las dimensiones humanas educables y las posibilidades que la persona posee al ser un ser abierto, flexible, dinámico, dotado de plasticidad biológica e inteligencia creativa. Esta mirada aporta seguridad al educando y al educador que viven inmersos en un mundo en donde es fácil sentirse fuera si no se encaja en una serie de ideales.

En la tercera parte del libro se presentan ya no ideales, sino modos de estar y cómo la persona aprende a estar en el mundo junto a otros. No se describen únicamente los ámbitos de la persona, sino cómo cada persona se desarrolla dentro de esos ámbitos. De nuevo, se destaca el valor de la persona a través del estar, existir y crecer dentro de una comunidad concreta subrayando así el sentido educativo de las relaciones personales.

La última parte considera el rasgo más característico de la persona: su libertad. Plantea a la persona como un ser capaz de transformarse a sí mismo, ser protagonista de su vida y aportar en el mundo. Se desvela como un ser llamado a participar, pero para ello, primero, tiene que aprender a hacerlo humanamente.

Reconocer que la persona es capaz de tenerse a sí misma a través de las virtudes es un planteamiento, que, aunque no original, sí que es novedoso en la sociedad actual, en la que el tener se refiere generalmente a cosas externas y no a la propia persona. A través de las relaciones personales la persona es capaz de ir desarrollando las virtudes y, por lo tanto, aprende a autopoerse, a tenerse.

La investigación de Amilburu, Bernal y González da respuesta a las exigencias de un mundo globalizado, pues destaca cómo cada persona debe aprender a relacionarse con el mundo, desde su cultura, desde su muy particular modo de ser. Como dicen las autoras, no existe un sistema educativo con validez universal, pues las capacidades, cualidades,

dimensiones y ámbitos educables de las personas se presentan de modo particular en cada uno de ellos. La reflexión sobre cuestiones antropológicas debe ser anterior a las medidas educativas concretas que dependen de cómo entendamos a la persona.

La contribución que se hace a la pedagogía desde la antropología de la educación es importante pues se plantea como un saber y una disciplina académica que considera la educabilidad de la persona.

Al igual que el ser humano, un ser inacabado, me parece que las consideraciones sobre la antropología de la educación también lo están. Al conocer el campo de estudio de las autoras, confío en que pronto continúen con esta indagación y profundicen en las relaciones personales que educan, pues son capaces de motivar el crecimiento en las personas.

La obra cumple ampliamente con las expectativas que despierta el título ya que de forma sintética presenta las características constitutivas de la persona como especie educable. A la vez, permite realizar, por parte del lector, un ejercicio personal de reflexión sobre la valiosa tarea que tenemos quienes buscamos ayudar a otros a crecer.

KATYA PALAFOX GÓMEZ